

la corbata desarreglada—se dirigió á la tropa: ¡Vosotros, soldados de la República, sed grandes en la prueba, estoicos en el sufrimiento, valientes en la pelea, serenos en la derrota; mañana, al lucir el nuevo sol de nuestros triunfos seréis proclamados los heroicos los grandes, los vencedores!

¡Vivan los chinacos!.....

Don Benito se adelantó hacia el orador y ambos patriotas se confundieron en un prolongado abrazo.



## EVASION DEL GRAL. DIAZ.

[21 de Septiembre de 1865].

El Subprefecto de Tepeaca, amigo íntimo del Comandante Carrasco, comisionó á uno de sus subalternos para que buscara á éste sin pérdida de tiempo.

El Comandante incursionaba por el Municipio de Acatzinco y no se pudo dar con él sino hasta ya muy avanzado el día. Al recibir el apremiante aviso comprendió que algo grave pasaba y voló al llamamiento de su amigo.

Soltó las riendas de su retinto en manos del asistente y penetró en la oficina política, limpiándose el sudor del rostro con un pañuelo de yerbas; el Subprefecto que removía un legajo de papeles suspendió la tarea, y dirigiéndose á su amigo, le dijo: —¿Qué había pasado contigo, Comandante, dónde te vivías?

—Ya sabes, Chucho, en el desempeño de mi misión.

—Bueno, pero ese no es el asunto, te necesito para otro muy serio.

—A ver de qué se trata, habla.

—¿Serías capaz de ganarte mil pesos?

—Pero, hombre, esa pregunta no se hace. Por los mil pesos ardo en deseos. Explicáte.

—La cosa es muy sencilla, ó mejor dicho, muy seria. Infórmate; y le alargó un telegrama que tomó de la mesa.

—¡Cáspita!... ¡cáspita!... exclamaba el Comandante á medida que leía. Conque esas tenemos. Pues si el Gral. Díaz se ha fugado, que lo busquen en el cielo, porque lo que es la tierra, ni rastro deja.

—Pero ya ves, la oferta es muy tentadora. Mil pesos porque se le reaprehenda, no es cosa de despreciar.

—Es cierto, y después de todo sería un buen servicio al Imperio. Figúrate lo que hará Díaz si logra organizar otro ejército en el Estado de Oaxaca.

—Pues de seguro va á dar mucho que hacer.

—Bueno ¿y cuándo se fugó?

—Hoy mismo, día 21; así lo dice el telegrama ¿no te has fijado? Seguramente la fuga la llevó á cabo anoche, pero hasta hoy temprano repararon sus guardianes en el suceso.

—¿Y se entiende que presentando su cabeza, el Conde de Thum dará la gratificación?

—Sí, señor, vivo ó muerto; no importa.

—Voy á tomar mis providencias. Lo probable es que el Gral. Díaz pretenda dirigirse á Oaxaca, y por aquí más ó menos debe ser su derrotero.

—Buena suerte, Comandante, y hasta la vista.

Media hora después el Comandante Carrasco, á la cabeza de treinta ginetes, haciendo cabriolas, tomaba la carretera de Tecali, en busca del intrépido fugitivo.

Los días después el alcalde de Guaynea decía con un propio al Subprefecto de Tepeji: En estos momentos, que serán las cuatro de la tarde, he tenido noticias ciertas que al rancho de Tlacotepec ha llegado D. Porfirio Díaz con 200 caballos; me informaré y daré pronto aviso del rumbo que tome."

El Gral. Díaz con los catorce hombres que en las cercanías de Puebla le tenía preparados el incansable y fiel Bernardino García, sorprendió y desarmó á la guarnición de Tehuitzingo; aumentó su fuerza

hasta el número de 40 hombres, regularmente armados, y con ella marchó sobre Piaxtla donde le salió al encuentro un escuadrón de Acatlán. Unos cuantos minutos bastaron al ilustre General para derrotar por completo á los imperialistas, y provisto de más armamento y buenos caballos prosiguió su marcha con dirección á Oaxaca, sin que le amedrentaran en un ápice las varias guerrillas que le seguían la pista.

Con la fuerza que hábilmente había organizado en el reducido lapso de una semana, se decidió á resistir el ataque de las tropas de Visoso que con 150 caballos y Flon con 200, le habían alcanzado por orden apremiante de Bazaine, para batirlo sin tregua hasta reaprehenderlo.

La acción se efectuó el 1º de Octubre y con tan feliz suceso para el jefe republicano, que en unas cuantas horas hizo 40 muertos, más de 100 prisioneros y le quitó á Visoso tres mil pesos en efectivo.

Decididamente la buena estrella del Gral. Díaz se levantaba de nuevo, la causa nacional estaba de plácemes y el invicto Ejército de Oriente en vísperas de su reparación y de sus inmarcesibles glorias.

Las noticias de triunfos tan sorprendentes como inesperados, llegaron á la Corte

imperial con su cortejo de pavor y desconcierto; aquello era inaudito, desconsolador, tremendo, y los ánimos apocados y febricitantes no vieron otro recurso posible de salvación que el asesinato, la infamia, el exterminio y la barbarie erigidos en ley.

Maximiliano, Bazaine y demás corifeos del raquíptico Imperio se sintieron reducidos á la impotencia, y como todos los impotentes, esgrimieron la única arma que tenían disponible: *el despecho*.

De esa pasión innoble brotó, como rayo de cólera furibunda, ese documento infame que todos conocemos con el nombre de "Ley del 3 de Octubre de 1865."

Retrocedamos un poco. La campaña en el Estado de Oaxaca sostenida valientemente contra el Imperio por el Gral. Díaz á fines de 1864 y principios de 65, revistió tal gravedad y despertó tales inquietudes, que Bazaine determinó dirigir las manobras en persona. El brillo de las armas francesas se estaba empañando á gran prisa, y el jefe de ellas anheloso de volver por su legendario prestigio lanzó un ejército formidable, un magnífico tren de artillería

ría y un grupo de oficiales de lo más selecto.

Sucedió lo inevitable; los republicanos, reducidos al último extremo por la aplastante superioridad del adversario, tuvieron que rendirse.

El triunfo de Bazaine, por más que halagase su vanidad, resultó muy caro para Francia; su costo ascendió á la respetable cifra de *medio millón* de pesos.

El Gral. Díaz fué conducido á Puebla en calidad de prisionero de guerra y guardado con sobra de precauciones en una celda de la Compañía.

Allí soportó su cautiverio con cívica resignación, anhelando tan sólo que otros jefes, más afortunados por el momento, siguieran luchando hasta realizar el supremo ideal: la reivindicación de la patria y el triunfo de la justicia.

El cautivo habría intentado evadirse, pero *nobleza obliga*, como reza la vieja sentencia. Habían sido tan notablemente desinteresadas las atenciones de Schismandia—que era el encargado de su custodia—que jamás pensó seriamente en comprometerlo.

Pronto, sin embargo, cambió la escena; su nuevo carcelero el Conde de Thum, hombre de maneras rudas, altivo como un

belitre, estrechó su prisión y le hizo objeto de vejaciones hasta el grado de hacerle intolerable su situación.

Desde ese momento el Gral. Díaz no tuvo más que una idea fija: evadirse.

\*\*\*

Julián Martínez, hombre inculto, de ingenio casi nulo, tenía, no obstante su rudeza, elevadas virtudes: reservado, fiel, obediente y patriota como pocos. Era el mozo de Don Porfirio.

¿Qué habría hecho por su General? Habría hecho todo, sin vacilar, sin discutir una palabra. Habría dado su vida seguramente.

Un día que llegaba á la prisión con el almuerzo de su jefe, le detuvo intempestivamente el Conde de Thum.

—A ver, tú, muchacho, ¿qué llevas? le preguntó, por mediación de un sargento que hablaba bien el castellano.

—Nada, señor, contestó Julián.

—¿Cómo nada? ¿Qué lleva la canasta?

—La comida, señor.

—Regístralo, dijo el Conde de Thum al sargento.

—Este cumplió estrictamente el mandato descubriendo la canasta y registrando las ropas del mozo.

—No hay nada.

—Bueno, ¡pasa! gruñó el Conde, de mal humor.

Media hora más tarde, á la salida de Julián, el Conde le detuvo de nuevo.

—Oye, muchacho, ¿qué te ha dicho Don Porfirio?

—Nada, señor.

—Aquí me vas á decir para quienes fueron las cartas que sacaste el otro día.

—Yo, señor, no he sacado ninguna carta.

—¡Mira!—y le enseñó un par de relucientes onzas—te las voy á dar si me dices nada más cuántas cartas te ha dado tu amo. Es cosa muy sencilla, y te aseguro que fuera de mí nadie sabrá una palabra.

—Señor, haga usted de mí lo que quiera, pero mi amo no me ha dado ninguna carta.

—No seas necio, hombre, y ya verás que te va bien.

—El Gral. Díaz nunca me da papeles.

—Nunca ¿eh?

—Nunca, señor, nunca.

—Bueno, ya verás más tarde ¡imbécil! anda vete.

Julián Martínez con el sombrero en la mano y haciendo grotescas ceremonias, salió al parecer más idiota que nunca.

Este buen hombre obedeciendo escrupu-

losamente las órdenes de su jefe, se mantenía en una reserva absoluta; era impenetrable como una estatua, incapaz de una traición. A pesar del refinado espionaje, Julián, jugando la vida, había sido portador de varias cartas para los amigos de Don Porfirio, se había puesto al habla con Bernardino García y había introducido á la prisión una soga.

Con estos antecedentes, el Gral. Díaz permaneció en acecho de la primera oportunidad.



El centinela se paseaba al frente de la celda con el arma al brazo, las bóvedas devolvían el eco monótono de los pasos. La celda estaba completamente á oscuras y era imposible distinguir la silueta del Gral. Díaz que, á un lado de la puerta, con soga en mano, espiaba los movimientos de su guardián. Al dar éste la espalda, el distinguido prisionero se deslizó rápidamente á lo largo de la pared.

El centinela continuó su paseo de un lado á otro, sin que el menor indicio le hubiese denunciado lo que acababa de pasar.

El General logró subir con alguna dificultad al techo de una cocina y desde allí comenzó á lanzar la cuerda hasta que des-

pués de muchos ensayos quedó enganchada de una pilastra. Trepó resueltamente y en dos minutos se colocó en las bóvedas del exconvento de la Compañía.

Nuevas aprensiones: en el edificio había apostados otros centinelas; por fortuna estaban tan descuidados como soñolientos.

El ilustre fugitivo, arrastrándose casi sobre el piso, llegó á la espalda del templo, sujetó el extremo de la cuerda y descendió con gran peligro á la azotea de la casa vecina. En el otro extremo de la sogá ató dos cartas, una para Schismandia en que le agradecía su caballeroso comportamiento, digno de un verdadero hidalgo, y otra para el Conde de Thum, un tanto agria como es de suponerse, en que le reprochaba sus brusquedades y descortesías y lo invitaba para que en día no remoto se viesen en el campo de batalla y frente á frente de sus respectivos ejércitos.

Una vez en la calle, el Gral. Díaz enteramente solo se dirigió á las afueras de la ciudad, con apariencias de mucha calma, y atravesando sembrados llegó á Coyula, donde Bernardino García le esperaba con catorce hombres que fueron el brillante núcleo del bizarro y memorable Ejército de Oriente.

El episodio casi fabuloso, tema digno pa-

ra un volumen de novela, se efectuó en la noche del 20 al 21 de Septiembre de 1865, y produjo gran asombro en unos y mucho despecho en otros, principalmente en el Conde de Thum, que sin escrúpulos ni rubores puso á precio la cabeza del prisionero, pues á tal equivalía la oferta de mil pesos al que lograrse reaprehenderlo.

El Gral. Díaz, con la constancia y el denuedo que le animaron siempre, una vez internado en su Estado natal, reanimó el espíritu público un tanto decaído aunque jamás extinto, organizó un regular contingente de guerra, y siempre á la cabeza de sus valientes, atacó al enemigo en todos sus reductos, con la confianza que da la buena causa y con el entusiasmo que comunica el patriotismo á los espíritus superiores.

La marcha triunfal del Ejército de Oriente está marcada en las páginas de la historia nacional por las brillantes acciones de Miahuatlán, la Carbonera, Puebla, San Lorenzo y México, que, juntamente con las no menos gloriosas de los Ejércitos del Norte y Occidente, derribaron el Imperio, restituyeron el gobierno constitucional y consolidaron para siempre los principios republicanos.

## BATALLA DE ZONTECOMAPAN.

(21 de Octubre de 1865).

Los heroicos hijos de Tetela del Oro, hoy de Ocampo, Puebla, agobiados por la superioridad numérica de las fuerzas imperialistas que en tres columnas bien municionadas habían atacado la población, tuvieron que internarse en lo más abrupto de la serranía, sin que por ello se hubiesen contristado en lo más mínimo, antes bien abrigando la convicción de que pronto batirían al enemigo hasta en sus posteriores reductos y alcanzarían la final victoria que les restituyese, sin nuevas inquietudes, el amado terruño.

Para aquellos valientes, hijos de las selvas, nada más á propósito para mantener latente el fuego de la libertad que la montaña. Allá en sus empinadas rocas y guájaras infranqueables, donde cada prominen-  
cia es un baluarte y cada árbol una trinchera, formaron sus chozas y enarbolaron el pabellón de la República tan só-

lo en espera de mejores días para desalojar de los poblados á las mesnadas del titulado Imperio.

Los serranos de Tetela y Xochiapulco merecieron bien de la patria por su denuedo cívico y firmeza inquebrantable; mientras Zacapoaxtla y otras poblaciones comarcanas habían doblado la cerviz ó espontáneamente se habían adherido á la mala causa, aquéllos se mantuvieron enhiestos como sus pinares, firmes como sus graníticos cantiles, imponentes como sus encinas seculares, indomables y libres como las fieras de sus bosques.

Ya, en el primer choque contra la Intervención en los históricos declives de Loreto y Guadalupe, donde el honor nacional salió sin mácula y las legiones de Francia se cubrieron de baldón, los improvisados soldados de la sierra hicieron verdaderos prodigios de osadía, conquistaron lealmente el dictado de valientes y entraron radiosos y serenos en el santuario de los inmortales.

En el luminoso catálogo de sus caudillos, cuyos nombres se pronuncian con religiosa veneración, porque fueron ideales encarnados, figuran Juan N. Méndez, émulo aventajado de Cincinatl; Juan Crisóstomo Bonilla, mentor y adalid de excepcionales

energías; Juan Francisco Lucas, valiente y temerario entre los primeros; Gregorio Zamítiz y Lauro Luna, patriotas inmaculados y guerreros de temple, que nunca midieron los peligros ni el número de los contrarios. Estos y otros varios que sería prolijo enumerar, se hicieron, en repetidas anútebas, merecedores de los entusiastas elogios y las más genuinas bendiciones de sus conterráneos.

A pesar de las tenaces embestidas y los extraordinarios esfuerzos de los imperialistas, que soñaban con la sumisión definitiva de la sierra, pronto llegaron al convencimiento de que aquella región, engalanada de exuberancias y propicia para la simiente de la libertad, era completamente estéril para el Imperio.

Una ocasión, durante la terrible lucha, los bravos hijos de Xochiapulco—punto distante de Tetela 30 kilómetros—apremiados por el gran número de enemigos que tenían á la vista y lo desesperado de su situación, no se detuvieron en pesar el valor del sacrificio: prendieron fuego á sus casas y se internaron con sus familias en la espesura de sus bosques. Antes que dar recursos y abrigo al enemigo, le ofrecieron columnas de humo y montones de ceniza.

Y mientras los cómplices de Napoleón

y Maximiliano se mesaban despechados y ordenaban la retirada, porque no había enemigo que copar ni botín que conducir en son de triunfo, los valientes ensalzaban á la patria con solemnes y altísonos epinicios desde las crestas de la serranía.

\* \* \*

Serían las cuatro de la tarde del 21 de Octubre de 1865, cuando se presentó al Gral. Juan Francisco Lucas—que fungía de General en Jefe de las fuerzas unidas de Tetela y Xochiapulco, y estaba situado en la cumbre de Sacaloma, entre Taxco y Ometepec—un indio de apretada musculatura, la tez cobriza, mirada de águila, intonso, la bruna melena caída sobre los hombros como plumaje de cuervo, algodón de lana atado á la cintura con grueso cordel, calzón arriba de las rodillas y sandalias de piel cruda de buey.

—¿Qué hay muchacho? le preguntó en azteca el valiente General, cuando lo tuvo delante.

—Señor General, respondió el robusto indio, el enemigo viene á atacarnos. Salió de Tetela por el camino de San Esteban y acaba de tomar el de Taxco.

—¿Quién te ha mandado con la noticia?

---El capitán Don Miguel, que viene observando los movimientos del adversario.

—Y el enemigo ha visto á nuestra gente?

—Creo que no, señor, porque Don Miguel viene caminando dentro del monte.

—¿Y vienen algunos extranjeros en la fuerza?

—Sí, señor, vienen muchos austriacos con los zacapoaxtlas.

—¿Son muchos, dices?

—Sí, señor, muchos.

—Vete al instante y dile á Miguel que se repliegue á la tropa de Zamítiz. Mucho cuidado; que el enemigo no malicie que se le observa.

El indio partió á carrera abierta, con la agilidad y desenvoltura propias de los hijos de la sierra.



A doce kilómetros de Tetela, entre Taxco y Ometepec, hay una cañada pintoresca que los naturales llaman *Zontecomapan*. A uno y otro lado se extiende el bosque casi impenetrable.

El Gral. Lucas de acuerdo con el Gral. Juan Crisóstomo Bonilla que fungía de segundo General en Jefe, dispuso que su tropa, compuesta de soldados de Xochiapulco, Tetela y Zautla, en número de 300, se em-

boscara en ambos lados de la cañada, con la consigna estricta de no emprender movimiento alguno sino hasta que el mismo General ordenase el asalto.

La tropa republicana tomó posiciones en una larga extensión y un minuto después no se movía ni una rama ni se percibía el menor ruido.

La situación, á pesar del buen punto estratégico y de lo bien meditado de la sorpresa, era en extremo angustiosa por la falta absoluta de parque, pues al pasarse revista se vió que toda la dotación consistía en *un solo cartucho* que llevaba un soldado.

¡Un cartucho!..... ¡irrisión del destino! ¿Qué se podía esperar de aquel puñado de republicanos contra un enemigo, fuerte de 1600 plazas, bien provisto de armamento, disciplinado, con jefes expertos á su cabeza y con un poderoso contingente de soldados austriacos?

No obstante, el deseo de escarmentar al finchado adversario, de sacar limpio el honor comprometido y de patentizar una vez más el profundo amor á la libertad y á la patria, inflamaron todos los corazones y redoblaron intensamente todas las energías.

Lo más flamante del armamento consistía en machetes, ballonetes y garrotes; los

mosquetes viejos fueron relegados más que por embarazosos por inútiles.

Los impávidos serranos se comprometían á sabiendas en una empresa formidable, temeraria, casi descabellada; pero con la íntima convicción, eso sí, de que vencidos ó vencedores, se hacían dignos del honroso nombre de mexicanos y merecedores para siempre del aprecio y respeto de los pueblos libres.

Sus hermanos de Michoacán, tan valerosos como heroicamente sufridos, les habían dado ya, en repetidas ocasiones, gloriosos ejemplos de arrojo, cuando privados de pan y armas, condenados á la vida trahumante por andurriales y llanuras des pobladas, se arrojaban como tremendo alúá sobre el adversario ó combinaban ingeniosas emboscadas que les daban por resultado, algunas veces, el proveerse de víveres para la subsistencia y armas para la lucha.

Hechos los pocos preparativos en la forma que dejamos señalada, se esperó resueltamente al adversario.

\* \* \*

Minutos antes de las cuatro de la tarde apareció en los ribazos de la senda la descubierta del ejército imperialista, guiada

cautelosamente por el traidor Matías Franco. En el instante preciso en que el grueso de la fuerza se apiñaba desordenadamente en toda la extensión de la cañada, el Gral. Lucas ordenó el asalto, y aquella voz de mando fué como la corriente eléctrica que puso en movimiento á la terrible hueste.

De un salto, semejante al de una fiera que cae de improviso sobre la codiciada presa, se puso al lado del adversario y le acometió con tal decisión y bravura que éste no tuvo tiempo de reponerse, de improvisar la defensa, ni siquiera de hacer uso de sus armas con mediano éxito. El machete y la balloneta jugaron el principal papel en toda la extensión de la batalla y en unos pocos minutos el campo quedó empapado de sangre y cubierto de cadáveres.

El enemigo hizo esfuerzos inauditos por romper el apretado cerco y ganar la espesura del bosque, pero no lo consiguió sino á costa de muchas víctimas. El armamento que había perdido era, por otra parte, utilizado diestramente por los republicanos, y ya no sólo se oía el choque de los sables, sino las explosiones repetidas y formidables de la fusilería.

Poco á poco la sangrienta acción abarcó

un extenso radio, apenas adivinado por la gritería y las detonaciones; grupos aislados se batían con encarnizamiento de tigres heridos, hasta que por fin, las sombras de la noche pusieron término á la matanza.

La fuerza del Gral. Lucas se reconcentró poco á poco en el mismo sitio de la acción y hasta ya muy entrada la noche se pudieron reunir los últimos grupos. Su pérdida total consistió en seis muertos y nueve heridos.

La fuerza estaba no sólo orgullosa y satisfecha, sino materialmente electrizada, el feliz éxito del encuentro era motivo más que suficiente para ello. Cada guerrero era proclamado héroe de la jornada y las felicitaciones y hurras se sucedían sin intermitencias, como justa expresión de corazones esforzados, que, en momentos supremos, habían sabido luchar por el honor de la patria.

¡La memorable batalla de *Zontecomapan* merece un lugar distinguido en las páginas de nuestra historia!

\*\*\*

Los que desconocen la historia de México, especialmente la tremenda lucha que sostuvo el partido liberal contra la Inter-

vención y sus aliados, el Imperio y los infidentes; los que creen ó suponen todavía que los mexicanos eran soldados medrosos y sin honor, cuya bandería era el pillaje y el asesinato, deberían, por prestigio propio, recorrer esa serie de episodios heroicos que, frescos aún en la memoria de muchos afortunados supervivientes, prueban que el valor y el espíritu de abnegación, la dignidad y la idea de patria, fueron siempre la divisa de los esclarecidos soldados de la República.

En lo más acerbo de la prueba, cuando el enemigo se había hecho fuerte en nuestras mejores plazas y se posesionaba de todos los recursos nacionales, nuestros guerreros sin techo en que guarecerse, acampaban contentos bajo la bóveda del cielo y soportaban tranquilos las inclemencias de las estaciones; sin uniformes, se vestían de manta; sin armas, corrían al encuentro del adversario para quitárselas; sin pan, se alimentaban de maíz tostado; sin oro, se creían felices con una peseta.

La derrota no era sino poderoso estímulo para levantar nuevos ejércitos al día siguiente, y la victoria la mejor ofrenda que llevar con lágrimas de ternura ante el sagrado altar de la patria. ¡Esos fueron los soldados de la República, los adalides de

la buena causa, los heroicos, los invencibles!

El que pretenda infamarlos, por uno que otro desgraciado ejemplo, que lamentamos, pero que á fuer de justicieros debemos reconocer como fruto sazonado de las represalias, debe ser un columbino ignorante ó un malvado, y nunca habrá indignación suficiente para castigar su atrevimiento.

\* \* \*

El Gral. Lucas, en la misma noche y sobre el mismo escenario, sin darse aún cabal cuenta del trágico suceso, por la imposibilidad de levantar el campo en unas cuantas horas, dado lo abrupto del terreno y la densa niebla que súbitamente cubrió el bosque, rindió su primer parte en los siguientes términos: "Hemos derrotado completamente al enemigo, hicimos 61 muertos: 21 austriacos y 40 mexicanos; cayeron en nuestro poder 10 prisioneros, de éstos 9 son austriacos; hay en el campo mucho armamento y muchas municiones. ¡Viva el ejército de la sierra!"

El Gral. Lucas se había engañado, la magnitud del desastre era incomparablemente mayor, como se comprobó al día siguiente que se exploró el campo por el intrépido Lauro Luna. Hecho el recuento

minucioso de los muertos, éstos ascendieron al respetable número de *setecientos*; es decir, casi la mitad de la fuerza imperialista había quedado tendida en el campo de batalla.

¡Espantosa hecatombe — teniendo en cuenta el escaso número de los contrarios — que los corifeos del Imperio consideraron como un golpe excesivamente mortal para su causa en aquella parte de la sierra de Puebla!

Entre los egregios ciudadanos que más se distinguieron en esa acción por su arrojo y presencia de ánimo, merecen citarse, para perpetuo ejemplo, Juan Crisóstomo Bonilla, Lauro Luna y Gregorio Zamítiz.

Estos tres, desaparecidos del escenario de la vida, juntamente con el patriota y laureado Gral. Méndez, tienen un larario indestructible en el corazón de cada uno de sus conterráneos.

¡Bendita sea la gratitud del pueblo!

El Gral. Juan Francisco Lucas vive aún, agobiado por el peso de los años y ostentando tremendas cicatrices en el rostro, como gloriosos trofeos de su egregia vida de militar.

¡Ante ese venerable soldado de la libertad, monumento viviente de la gran epopeya, hay que descubrirse con respeto!